

CAPÍTULO VI

La batalla de Almansa.—Abolición de los fueros de Valencia y Aragón

1707

Reveses é infortunios de Felipe en la guerra exterior.—Derrota del mariscal Villeroy en Ramilliers.—Apodérase Marlborough de todo el Brabante.—Piérdese la Flandes española.—Españoles y franceses son arrojados del Piamonte.—Proclámase á Carlos de Austria en Milan y en Nápoles.—Guerra de España.—Vuelve el archiduque á Barcelona.—Célebre batalla de Almansa.—Triunfo memorable del duque de Berwick.—Consecuencias de esta victoria.—Orleans y Berwick someten á Valencia y Zaragoza.—Rendición de Játiva.—Sitio y conquista de Lérida.—El duque de Orleans en Madrid.—Bautizo del príncipe de Asturias.—Nueva forma de gobierno en Aragón y Valencia.—Abolición de los fueros.—Chancillerías.—Confiscaciones.—Terrible castigo de la ciudad de Játiva.—Es reducida á cenizas.—Edificase sobre sus ruinas la nueva ciudad de San Felipe.

Si grandes fueron las contrariedades que en estos últimos años sufrió la casa de los Borbones en España, mayores habían sido y de mas difícil remedio los reveses y los infortunios de fuera. Los Estados de Flandes, aquella rica herencia de Carlos V, por cuya conservación tantos y tan costosos sacrificios habían hecho por espacio de siglos los monarcas españoles de la casa de Austria, estaban destinados á dejar de ser patrimonio de la corona de Castilla con el primer soberano de la casa de Borbon. Considerables fuerzas habían aglomerado allí los aliados; el activo conde de Marlborough que iba y venía de Inglaterra á Holanda, se había propuesto juntar cuantas fuerzas pudiese de mar y tierra para dar un golpe decisivo á Francia y España en los Países Bajos, y en verdad no le salió vano su intento.

Marchando pues el de Marlborough con sus tropas á unirse con las de Holanda, Prusia y Witemberg, dirigióse á Brabante, donde se hallaba acampado con su ejército el mariscal francés Villeroy. No esperó este para aceptar la batalla á que se le reuniera el mariscal de Marsin que pasaba á juntarse con diez mil hombres. La consecuencia de esta conducta, en que acaso no hubo ni error ni precipitación, sino obediencia á las órdenes que tenía, como diremos luego, fué sufrir una completa derrota (mayo, 1706), en que perdió trece mil hombres, cincuenta piezas de cañon y ciento veinte banderas. El resultado de la derrota de Ramilliers, que así se llamó por el lugar en que se dió el combate, fué rendirse Malinas y Bruselas, de donde el gobernador, que era el Elector de Baviera, se apresuró á sacar consejos y tribunales, y llevarlos á Amberes, y retirarse á Mons el mariscal de Marsin que se hallaba ya cerca del campo de batalla. El marqués de Chamillard, ministro de la Guerra de Luis XIV, que fué enviado por este

Los conocidos *Anales de Cataluña* de Feliu de la Peña, tan abundantes en documentos oficiales.

Muchas relaciones sueltas, impresas y manuscritas de los varios sucesos de aquellas guerras, hechas, ya por los partidarios del archiduque, ya por los que no se apartaron nunca de la fidelidad á Felipe de Borbon.

Las *Memorias de San Simon*, las de *Noailles*, las de *Tesse*, y las de *Berwick*. Apreciabilísimas son tambien estas obras, como escritas por los mismos personajes que tuvieron una parte tan principal y activa en los sucesos que refieren. Mas por lo mismo el historiador imparcial no puede descansar en su solo aserto, sin exponerse á juzgar con error sobre las causas de ciertos acontecimientos trascendentales y decisivos en aquella célebre lucha. Porque si ellos mismos estaban en convivencia con el duque y la duquesa de Borgoña en ciertos planes secretos, contrarios á la causa de Felipe, como expresamente lo afirma Macanaz, y lo indican San Felipe, Belando y otros autores españoles, y ellos eran los consejeros de empresas imprudentes y la causa de sucesos desgraciados, no es extraño que atribuyan á otros las adversidades que acaso ellos mismos procuraban para sus fines. Así es que el historiador inglés de *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, *William Cave*, que, aparte de los Comentarios de San Felipe, reconoce haberse guiado muy especialmente por aquellas Memorias, juzga de las causas de los sucesos, á nuestro parecer muy equivocadamente, de muy diferente manera de Macanaz, Belando, Robres, San Felipe y los demás escritores españoles.

Documentos manuscritos de la Biblioteca nacional, y de la Real Academia de la Historia. Archivo de Salazar, Colección de Vargas Ponce, Papeles de jesuitas, etc.

monarca á Flandes para informarse del estado del país y dar órdenes para su defensa, y estaba de inteligencia con los duques de Borgoña y madama de Maintenon, autores de aquellos desastres, persuadió al rey Cristianísimo que convenia llevar á los Países Bajos al duque de Vendome, único que estaba sosteniendo en Italia la causa y los Estados de Felipe V, y trasladar á Italia al mariscal de Marsin: funesto plan, que envolvía el designio de abandonar á un tiempo la Italia y la Flandes.

Así fué que el de Marlborough se apoderó fácilmente de casi todo el Brabante, el Elector de Baviera tuvo que retirarse tambien á Mons con las tropas walonas y españolas, y hasta el gobernador de Amberes, que era el español don Luis de Borja, marqués de Caracena y hermano del duque de Gandía, entregó aquella plaza al enemigo, mancillando el lustre y la fidelidad de su casa y familia. Algo se recobró el valor perdido de nuestras tropas con la llegada del duque de Vendome (agosto, 1706), mas no tardaron en volver á desalentarse al ver á los enemigos enseñorearse de Menin y de Dundermonde, de modo que pudo el de Marlborough establecer sus cuarteles en todo el Brabante español (setiembre). Y todavía pasó á Holanda á pedir mas tropas para la próxima campaña, con tener ciento treinta y seis batallones de infantería, que hacían cerca de setenta mil hombres, y ciento cuarenta y cinco escuadrones de caballería, que componían quince mil caballos. Tambien el duque de Vendome fué á París á solicitar refuerzos. Pero es lo cierto que ya quedaban perdidos para España casi todos los Países Bajos españoles, y para Francia aquella linea de fortificaciones que con su activa política había ido formando y le daba la superioridad sobre la Holanda, siendo ahora los aliados los que quedaban dominando en aquellos países y amenazando á la Francia.

Solo en Alemania el mariscal de Villars sostenía con gloria el honor de las armas francesas, dominando desde el Rhin hasta Philipsburg, bloqueando y amenazando á Landau, protegiendo la Alsacia, derrotando ó teniendo en respeto al príncipe Luis de Baden y al conde de Frisia que mandaban el ejército imperial, y poniendo en contribucion á Worms, Spira y otros pueblos del Palatinado.

Porque en Italia no habían ido las cosas de españoles y franceses menos decaídas que en Flandes, por influjo de las mismas siniestras causas. Cuando los mariscales Berwick y Vendome, tomada Niza y cortados los caminos del Mincio, tenían ya reducido al príncipe Eugenio de Saboya á solas dos plazas, y aun de ellas amenazada de sitio la de Turin, el duque y la duquesa de Borgoña, y madama de Maintenon, los envidiosos de la fortuna de Felipe V de España, sacaron de allí aquellos dos generales, haciendo que el de Vendome fuera llamado á Versalles y el de Berwick destinado á la Extremadura española. Al fin volvió el de Vendome, porque hizo comprender á Luis XIV lo que importaba acabar la guerra de Italia; derrotó un cuerpo de alemanes, echándolos del otro lado del Adige, y unido á la Feuillade circunvalaron ambos la importante ciudad de Turin, obligando al duque de Saboya á retirar á Génova su familia para no exponerla á los peligros de un sitio. En tal estado, ó por mejor decir, cuando tenían ya apretado el cerco, tomadas las obras exteriores de la plaza, abierta trinchera, intimidada la guarnicion y á punto de coronar sus esfuerzos con la ocupacion de la capital de Lombardia, no obstante que llegaba el príncipe Eugenio con un refuerzo de tropas alemanas, entonces (julio, 1706), con motivo de la derrota sufrida por Villeroy en Ramilliers de Flandes, fué destinado el de Vendome á los Países Bajos y reemplazado por Marsin, dejando el ejército sitiador al mando del duque de Orleans.

Dióse con esto lugar á que el príncipe Eugenio con sus alemanes forzando sus marchas se uniera al duque de Saboya, los cuales desde luego resolvieron atacar al ejército sitiador en sus mismas líneas. Dos veces fueron rechazados, pero á la tercera lograron forzarlas, desordenando de tal modo á los franceses, que herido de muerte el mariscal de Marsin (de cuyas resultas murió de allí á poco), con dos heridas tambien el de Orleans, muertos cerca de cuatro mil hombres, y hechos otros tantos prisioneros, el resto abandonó la artillería, tien-

das, municiones y bagajes (setiembre, 1706), y huyendo en el mayor desorden, en lugar de retirarse por el Milanesado, donde había otro cuerpo de ejército, repasó los Alpes, dejando libre, no solo á Turin, sino todo el Piamonte, cuyas plazas se dieron sin resistencia alguna al de Saboya. Desembarazados de la guerra del Piamonte, pasaron el de Saboya y el príncipe Eugenio al Milanesado: entregóseles Novara; Milan les abrió las puertas; fué ocupado Lodi; las tropas francesas y españolas se recogieron á las plazas fuertes, y se proclamó á Carlos de Austria en el Milanesado. Si el duque de Borgoña y sus malos consejeros, á quienes muchos suponían autores de estas pérdidas, se proponían debilitar el poder de España, celosos ó envidiosos del engrandecimiento de Felipe, debieron conocer cuánto se estaban dañando á sí mismos, porque todo esto cedia visiblemente en mengua de la Francia, y sus fronteras quedaban expuestas á las invasiones de los aliados.

No se ocultaban estas y otras gravísimas consecuencias al claro entendimiento de Luis XIV; y aunque perdido ya su antiguo vigor, no tanto por la mucha edad como por la poca salud, hubiera querido, y esta era su resolucion, mantener la guerra de Italia. Pero dominado por la Maintenon, por Chamillard y por los duques de Borgoña sus nietos, los cuales le persuadían de que abandonada la Italia mejoraría la guerra en España, en la Alsacia y en Flandes, y que Génova, Venecia y el papa, tan pronto como vieran la Italia desamparada por los franceses, se unirían por su propio interés para sacudir el yugo de los alemanes, dejóse vencer de sus instigaciones. Y arreglando secretamente un tratado de neutralidad con el emperador y con el duque de Saboya, se dieron las órdenes á los generales franceses y españoles para que evacuaran las plazas fuertes que se conservaban en Milan y en el Mantuano, como así se verificó (marzo y abril, 1707), concediendo el emperador y el saboyano en virtud del convenio el paso á Francia á los veinte mil hombres encerrados en aquellas ciudades, plazas y castillos. Los italianos no quisieron salir, y la mayor parte tomaron partido con los enemigos, indignados de semejante conducta. Así se sacrificaron aquellas tropas, y así se privó á España de unos dominios que sobranan fuerzas para conservar.

Hecha la ocupacion del Piamonte, y puesto el duque de Saboya en posesion de Alejandria, de Valenza del Pó, del Monferrato y otras plazas que se le ofrecieron, cuando dejó el partido de España y se pasó á los aliados, faltando estos abiertamente al tratado de neutralidad que acababa de estipularse, enviaron un cuerpo de ejército para que se apoderara del reino de Nápoles: empresa que llevaron á cabo sin gran dificultad; ya por la falta de medios en que se había dejado al marqués de Villena para su defensa, ya por la disposicion de los napolitanos, ya porque dentro de la misma capital se había estado fomentando la rebelion. El leal marqués de Villena hizo todo género de esfuerzos para sostener aquellos dominios, incluso el de dar el ejemplo de convertir en moneda su vajilla de plata, reducido á comer en vajilla de peltre, para alentar á los demás á proporcionar recursos sin gravar á los pueblos. Pero abandonado de todos, incluso los gobernadores, los magistrados y algunos magnates españoles que faltando á su fe y á su patria hicieron causa con el enemigo, y viendo que esperaban en vano socorros ni de Francia, ni de España, tuvo que refugiarse, no sin gran trabajo, con algunas tropas españolas y walonas en Gaeta, que mas adelante fué tomada por asalto, despues de un gran bloqueo. Perdióse pues tambien para España el reino de Nápoles, y reconocíose en él y se juró obediencia á Carlos de Austria.

Solamente la Sicilia permaneció fiel á Felipe V, merced á la lealtad y á las acertadas y prudentes medidas del virey marqués de los Balbases, que sabiendo calmar á los descontentos, logró tener en respeto á los austriacos cuando todos creían que la conquista de Sicilia seria por lo menos tan fácil como la de Nápoles (1).

(1) Le Clerc, Historia de las Provincias Unidas.—Lambert, Memorias para la Historia del siglo XVIII.—Quincy, Historia militar de Luis XIV.—Historia de la casa de Austria.—Comentarios de las guerras

Tales habían sido las desgracias de España, y tan infelizmente iba para ella en el exterior la guerra de sucesion, al tiempo que en la península acontecian los sucesos de que hemos dado cuenta en el anterior capitulo, y los ejércitos enemigos se preparaban y reforzaban para la segunda campaña. Unos y otros habían entretenido los meses de invierno (de 1706 á 1707) en irrupciones y empresas fronterizas, y en esa especie de guerra de vecindad, por lo comun sangrienta, que se hacen entre sí los pueblos de una misma nacion pronunciados por diferentes partidos. Muchas de estas expediciones de incendio y de saqueo, y de estas acometidas destructoras habían sufrido las villas y lugares de las fronteras de Aragón, Valencia y Castilla. El archiduque Carlos se volvió de Valencia á Barcelona (7 de marzo, 1707), dejando por virey de aquel reino al conde de Corzana, y por generales del ejército á milord Galloway y al marqués de las Minas.

El de los aliados había recibido un considerable refuerzo por Alicante. Los nuestros esperaban tambien el que venia de Francia y había entrado ya por Navarra, con el duque de Orleans, que despues de la desgraciada campaña del Piamonte, había sido destinado á España con el mando superior del principal ejército. Todo parecia anunciar algun acontecimiento importante. Moviéronse Galloway y el de las Minas hacia Yecla y Villena: el duque de Berwick se situó con su ejército en Almansa. Aquellos querían adelantar la batalla antes que llegaran las tropas francesas: este procuraba dar tiempo á que viniese el de Orleans con su gente: porque además de no querer privarle del honor de mandar las armas, si bien nuestra caballería era buena y de confianza, la infantería era muy inferior en número y calidad á la del enemigo, soldados bisoños y reclutas muchos, habiéndolos que no habían disparado todavía un fusil. Sin embargo los oficiales españoles, que ardían por entrar en combate, murmuraban á voz en grito del general, y públicamente decían que como era hermano de la reina Ana de Inglaterra se había ajustado con los ingleses, y trataba de que se perdiera todo, y escribían así á la corte. Nada de esto ignoraba el de Berwick, y tenía la prudencia de tolerarlo, guardando silencio como si de ello no se apercibiese.

Aquellas quejas no dejaron de hacer algun efecto en la corte; por lo cual se dieron las disposiciones mas activas para que el de Orleans pasase inmediatamente á tomar el mando del ejército. Había llegado á Madrid el 18 de abril (1707), donde fué recibido con honores de Infante de España y tratamiento de Alteza, y al medio dia del 21, sin reparar en que fuese la gran festividad de Jueves Santo, partió á la ligera, porque era la voz comun que sin su presencia nada se haría, puesto que Berwick andaba esquivando la batalla. Felizmente todos los cálculos salieron fallidos: la batalla se dió, y la victoria se ganó antes que el de Orleans llegara.

Contando Galloway y el de las Minas con que no podría el de Orleans llegar á Almansa hasta el 26 (abril), abandonaron apresuradamente el 24 el sitio que tenían puesto al castillo de Villena, y marcharon á Caudete. A las once de la noche supo el de Berwick que los enemigos avanzaban sobre Almansa; preparóse á recibirlos, y envió á llamar al conde de Pinto, á quien había destacado con cuatro mil hombres sobre Ayora. A las once de la mañana del 25 se vió el ejército enemigo puesto en orden de batalla con toda la arrogancia de quien parecia contar con un triunfo seguro. Comenzó el combate atacando con vigor la caballería española del ala derecha para recobrar un ribazo de que se había apoderado el enemigo, pero con gran pérdida, porque fué dos veces deshecha y rechazada. A las dos de la tarde se mezclaron ambos ejércitos con furor. Los enemigos rompieron nuestro centro, y matando los tres brigadieres que mandaban los regimientos que le formaban, pasaron hasta las puertas de Almansa. Berwick se apresuró á reemplazarlos con otros de caballería é infantería del cuerpo de reserva; remedió el primer desorden;

de España, tom. I.—Belando, Historia civil, part. III, cap. 22 y 23.—Macanaz, Memorias MM.SS. c. 102.—Botta, Storia d'Italia.—Memorias de Berwick.—Historia de las campañas del duque de Vendome.—San Felipe, Comentarios, tom. I.—Belando, part. II, capítulos 22 al 31.

recorrió y reanimó todas las líneas; el intrépido Dasfeldt sostuvo otra carga á la derecha, mientras por la izquierda y centro arremetieron infantes y jinetes con tal ímpetu, especialmente los regimientos de don José Amézaga, que rompiendo y desordenando á los enemigos, desamparándolos su caballería, heridos sus dos generales, y teniendo que retirarse del campo de batalla, al cerrar la noche se consumó su derrota: terrible fué la matanza, y toda su artillería y bagajes quedaron á merced de los nuestros. El conde de Dohna, holandés, que con trece batallones habia logrado á favor de la oscuridad retirarse á las alturas de Caudete, fué obligado al día siguiente á rendirse por el valeroso y hábil Dasfeldt, quedando prisionero con todos sus batallones.

La victoria no pudo ser mas completa. Hicieron en esta célebre batalla doce mil prisioneros, con cinco tenientes generales, siete brigadieres, veinticinco coroneles, ochocientos oficiales, toda la artillería y cien estandartes y banderas. Murieron cinco mil de los aliados; siendo lo mas notable de este triunfo que de nuestra parte apenas se perdieron dos mil hombres. El brigadier don Pedro Ronquillo, que vino á traer al rey la noticia de la victoria, fué hecho mariscal de campo. El conde de Pinto fué enviado con las banderas cogidas al enemigo para colocarlas en el templo de Atocha. Berwick, á quien sin duda debió su salvacion la España, recibió en recompensa el Toison de Oro, y fué hecho grande de España con el título de duque de Liria y de Gérica. Á la ciudad de Almansa se le concedieron tambien privilegios especiales, y mas adelante se erigió en el lugar del combate el monumento que hoy existe para perpetuar la memoria de tan glorioso y memorable suceso (1).

Muchas y muy curiosas particularidades nos han sido conservadas acerca de esta famosa batalla. Escribiéronse y se imprimieron varias relaciones, algunas bastante extensas. En ellas se expresa que ambos ejércitos estaban divididos en dos líneas; en el de los aliados interpolada en ambas la caballería con la infantería, en el nuestro la infantería en el centro y la caballería á los costados. Mandaba la derecha de nuestra primera línea el duque de Pópoli con los mariscales conde de Pinto y Lilly; la izquierda el marqués Davaray y don Francisco Medinilla; el centro los generales San Gil y Labadie. — La derecha de la segunda línea el caballero Dasfeldt; la iz-

(1) El monumento consiste en una pirámide de piedra de cuarenta y ocho palmos de altura, cuyo remate es un leon coronado en pié, con una espada en la garra derecha. En cada uno de sus cuatro lados se leen largas inscripciones en castellano y latin, en verso y en prosa. La de poniente dice:

Dei Omnipotentis misericordia.

«Para eterno reconocimiento al gran Dios de los Ejércitos y de su Santísima Madre; de la insigne victoria que con su proteccion consiguieron en este sitio en 25 de abril de 1707 las armas del rey N. S. don Felipe V el Animoso, auxiliado del señor rey Cristianísimo Luis XIV el Grande, siendo general de todas el mariscal duque de Berwick, contra el ejército de rebeldes y sus aliados de cuatro grandes potencias, quedando enteramente derrotados; muertos en la campaña, heridos y prisioneros diez y seis mil, apresada toda su artillería, tren y bagaje, con un botín riquísimo.

*Lilia fulserunt fremitumque dedere Leones:
Hic Batabus Luctus Risus utriusque fuit.*

En la del Norte se lee:

DEO OPTIMO MAXIMO

Del Quinto Carlos memorias
Felipe Quinto tambien
Excita en nobles victorias,
Cuando de dos Jaimes glorias
En este campo se ven.

*Tempore quo hic Mauris
Jacobus castra subegit
Verbicus etigias sistere fecit aquas.*

«El rey don Jaime, llamado el Conquistador, derrotó á los moros la primavera del año 1255 en este mismo campo.»

No creemos necesario copiar las demás inscripciones, que por otra parte no tienen gran mérito.

quierda el duque de Havre con el mariscal Mahoni; el centro el general Hessy con el mariscal don Miguel Pons de Mendoza. El duque de Berwick quiso quedar libre para poder atender donde mas conviniese, como lo ejecutó.—Del ejército enemigo mandaba la derecha de la primera línea el conde de Villaverde, general de la caballería; la izquierda milord Galloway; el centro el marqués de las Minas. La segunda derecha don Juan de Atayde, general de la caballería; la izquierda el conde de la Atalaya; el centro Frison y Vasconcellos. Mandaban como generalísimos el portugués marqués de las Minas, y milord Galloway, francés refugiado en Inglaterra, que en Francia habia sido antes conocido con el nombre de marqués de Ruvigny.—Este ejército constaba de cuarenta y cuatro batallones y cincuenta y siete escuadrones, con un número de oficiales casi duplicado al que correspondia, por no haber acabado de llegar los reclutas de que se iban á formar otros cuerpos.—Dase noticia del orden que hubo en el combate, y de las funciones que tocó desempeñar en él á cada jefe y cada cuerpo.—Se especifican nominalmente todos los prisioneros de alguna graduacion que se hicieron, así holandeses, ingleses y portugueses, como catalanes, aragoneses y valencianos, segun consta de las revistas parciales que despues se fueron pasando á los de cada nacion.—El campo de batalla estaba entre el Oriente y Poniente de Almansa: los enemigos venian de la parte de Mediodia: nuestro ejército los esperó de la parte del Norte, teniendo á las espaldas sobre la derecha el cerro de San Cristóbal, en el centro la villa de Almansa, y á la izquierda la ermita de San Salvador.

La infantería española, á pesar de ser en mucha parte compuesta de reclutas y forzados, se condujo de un modo que dejó admirado al de Berwick, y así lo expresó en su carta al rey. La de los Guardias, que mandaba el mariscal don Antonio del Valle, no peleó, porque estando formada, habiéndole hecho una descarga los enemigos, y viendo que se mantenía inmóvil, fué tal el terror que les causó que se retiraron y la dejaron (2).

No siempre siguen á un triunfo los inmediatos y prósperos resultados que siguieron á este. El duque de Orleans, que llegó á la mañana siguiente, con el sentimiento de no haber estado á tiempo de participar del honor de tan gloriosa jornada, despues de haber felicitado á Berwick por su inteligencia y acierto y rendido homenaje al valor de las tropas, no queriendo desaprovechar un momento, de acuerdo con Berwick dió orden para que las tropas que venian de Francia junto con las que habia en la frontera de Navarra marchasen sobre Zaragoza, donde iria en breve; y ordenó al caballero Dasfeldt que con un cuerpo considerable de tropas fuese á someter el país del otro lado del Júcar, y con el ejército principal avanzara á Valencia. El de Orleans y el de Berwick marcharon con el resto á Requena, cuya guarnicion se rindió fácilmente quedando prisionera de guerra (2 de mayo), y haciendo lo mismo á los dos dias la de Buñol y su castillo,

(2) El timbalero de las guardias napolitanas, que huyó á los principios de la batalla, encontró al duque de Orleans á cuatro leguas del campo, y le dijo que todo lo habia perdido Berwick sin poderse salvar un solo cuerpo, y que él habia podido escapar é iba tocando el timbal para avisar á todos que huyesen. El duque le creyó al pronto, lamentándose de que acaso por no haber llegado á tiempo él y sus tropas se hubiera perdido la batalla; mas luego desconfió de aquel hombre, y siguió su camino. A poco tiempo encontró otro que tenia aire como de criado de cocina, montado en una buena mula y con una gran maleta. Este le dijo que la batalla se habia ganado, y todos los enemigos quedaban muertos ó prisioneros, y que él en el pillaje habia tomado aquella mula y aquella maleta. Recobróse con esto el de Orleans; mas luego sospechó si aquello lo habria robado aquel hombre á su amo, y seria ficcion lo de la batalla. En estas incertidumbres llegó á dos leguas de Almansa, donde ya encontró mucha gente de aquellos lugares, que iba con azadas y otros instrumentos que el duque de Berwick habia mandado llevar para enterrar los muertos y retirar los heridos. Entonces ya supo lo cierto del caso. El de Orleans llegó á Almansa á poco de haber terminado el combate.—Relacion de la batalla de Almansa, publicada en 14 de julio de 1707.—Otras relaciones impresas.—Comentarios de San Felipe, A. 1707.—Belando, Historia civil, tom. I, capítulo 56.—Macanaz, Memorias, cap. 88 y 108.—Santa Cruz, Reflexiones militares.—Memorias de Berwick.—Id. de San Simon.

desde allí envió el de Orleans un trompeta á la ciudad de Valencia pidiéndole la obediencia y sumision.

El conde de Corzana, virey por el archiduque, que tenia engañada la poblacion publicando haber sido favorable á los aliados el éxito de la batalla de Almansa, tanto que se habia celebrado en Valencia con iluminacion y *Te Deum*, viéndose tan de cerca amenazado, dispuso salvar su persona y equipaje, y huyó con alguna caballería á Barbastro y de allí á Tortosa. Tumultuóse con esto la ciudad, y habia quien proponia que se ahorcara al trompeta. Pero á su vez el de Orleans, viendo que el trompeta no volvía y la respuesta se dilataba, estaba resuelto á entrar á sangre y fuego, cuando salieron el obispo auxiliar y otros á ofrecerle las llaves de la ciudad y á pedirle perdon para sus habitantes. Concedióles el duque el perdon de las vidas, dejando todo lo demás á merced del rey, y en su virtud entró el de Berwick en Valencia (8 de mayo de 1707) con diez batallones de infantería española y seis escuadrones. Se publicó el perdon, se restableció la autoridad real, se recogieron las armas á los vecinos, y quedando de gobernador el general don Antonio del Valle, que supo tener aquella bulliciosa poblacion en la quietud mas completa, salió Berwick á incorporarse al ejército.

Habia entre tanto el conde de Mahoni sometido á Alcira, y el caballero Dasfeldt puesto sitio á la ciudad de Játiva, la poblacion valenciana mas tenaz en su rebeldía desde el principio de la guerra, y bien lo acreditó cuando la tuvo asediada el conde de las Torres. Tampoco ahora quiso rendirse, no obstante carecer de tropas regladas, y ofrecérsele repetidas veces el perdon, y constarle la derrota de Almansa y la sumision de Alcira y de Valencia; que con todo esto, ahora como antes, todos sus moradores se pusieron en armas, seglares, clérigos, frailes, mujeres y niños; y fuéle preciso á Dasfeldt ir ganando casa por casa á costa de muchísima sangre de unos y de otros, siendo tan horrible la mortandad como asombrosa la resistencia. Al llegar al convento de San Agustín, fortificado y defendido por los frailes, algunos de ellos, que no habian hecho armas y habian estado orando, se interpusieron con el Santísimo Sacramento en la mano entre la tropa y sus armados compañeros, mas no pudieron contener el furor y el estrago, y cogidos ellos entre dos fuegos, perecieron los mas, y murieron casi todos los frailes en aquella obstinada defensa. Así se conquistó la rebelde ciudad de Játiva, que en castigo de su tenacidad fué mandada quemar, y no dejar en ella piedra sobre piedra, como habremos de ver luego.

El duque de Orleans, que habia venido rápidamente á la corte dejando al de Berwick el cargo de acabar de reducir al reino de Valencia, volvióse inmediatamente (15 de mayo) á buscar el ejército que estaba en la frontera de Aragon. Sometióse de paso Calatayud, á la cual impuso una multa de trece mil doblones para gastos de guerra, y el 25 llegó á la vista de Zaragoza. El conde de la Puebla que allí mandaba salióse con la guarnicion austriaca del otro lado del Ebro, y abandonada la ciudad á su suerte pidió capitulacion ofreciendo la obediencia, por sí y á nombre de todo el reino. Entró pues el de Orleans en Zaragoza (26 de mayo, 1707), desarmó á los habitantes, ofreció respetar las vidas y haciendas á las ciudades, villas y lugares del reino que en el término de ocho dias entregaran las armas y volvieron á la obediencia del rey, y así lo ejecutaron casi todas (1).

Por su parte el de Berwick siguiendo sus marchas llegó sin considerable oposicion hasta el arrabal de Tortosa, y atacó el puente de barcas que habia sobre el Ebro para impedir la comunicacion de Cataluña y Valencia. Rindiéronsele muchos lugares, recorrió el castillo de Peñíscola, y encaminándose luego por Caspe pasó á unirse en Bujaraloz con el de Orleans, que habia partido de Zaragoza, ansioso de someter la Catalu-

(1) Cuenta Berwick en sus Memorias que para alucinar al pueblo de Zaragoza habia el conde de la Puebla propalado y hecho creer al vulgo que no habia tal ejército francés que llegara de Navarra, y que el campamento que se divisaba no era cosa real y verdadera, sino de magia y encantamiento, y que hizo salir al pueblo y al clero en procesion á la muralla y conjurarle con toda formalidad y ceremonia.—Es muy posible que el conde, y el clero mismo, lograsen persuadir algo de esto á la sencilla plebe para que no se desalentara á la vista del peligro.

ña antes que llegaran refuerzos de los aliados. Juntos pues ambos generales, se dirigieron con todo el ejército hacia Fraga, pasaron, aunque con alguna dificultad, el Cinea, hallaron en Fraga viveres, municiones y alguna artillería que los enemigos abandonaron, se recuperó el castillo de Mequinenza, haciendo prisionera la guarnicion, y llegando á las cercanías de Lérida, redujéronse á bloquearla, dando cuarteles de refresco á las tropas fatigadas de las marchas, en tanto que se reunian los medios materiales y se vencian otras dificultades y obstáculos para poner un sitio en forma.

Como en este tiempo tuvieran los aliados sitiada la ciudad y puerto de Tolon de Francia, fué menester que Berwick partiera allá por la Provenza con un cuerpo de doce mil hombres, quedando entre tanto el de Orleans con su cuartel general en Balaguer esperando la artillería de batir (23 de agosto de 1707). Muchos trabajos tuvo que pasar y muchos combates parciales que sostener antes de poder embestir la plaza de Lérida, empresa contra la cual estaban las cortes de Madrid y de Versalles. Era ya el 25 de setiembre (1707) cuando comenzó esta operacion: abrióse la brecha el 2 de octubre, y el 13 se retiraron los enemigos á la ciudadela. El principe Enrique Darmstad envió á rogar al de Orleans que tratara con consideracion á las mujeres y niños que quedaban en la ciudad: el duque se los envió todos á la ciudadela para que él los guardase como quisiese. El mariscal de Berwick, despues de haber hecho levantar el sitio de Tolon, regresó á marchas forzadas y llegó todavía á tiempo de tomar parte en el de Lérida. La ciudadela fué atacada con un vigor sin ejemplo, y á pesar de las contrariedades que los enemigos y las continuas lluvias oponian, el 11 de noviembre, cuando todo estaba dispuesto para el asalto, el día mismo que se recibió orden de Versalles para no empeñarse en tamaña empresa, pidieron los sitiados capitulacion, que se les otorgó con todos los honores militares, y el 14 salieron las guarniciones de la ciudadela y castillo.

Á la rendicion de Lérida siguió la de una gran parte de los lugares del llano de Urgel. Cervera encontró la ocasion que deseaba de librarse del yugo de la rebelion. Sometióse tambien Tárrega. Un destacamento que fué enviado á Morella tomó en principios de diciembre aquella ciudad, que dominando las montañas de Valencia y Aragon, abria la puerta á la comunicacion con los de Tortosa (2). El duque de Noailles, que por orden de Luis XIV habia entrado con un cuerpo de ejército por el Ampurdan, llenó su objeto de distraer por el norte de Cataluña algunas tropas de los aliados y miqueletes; bien que teniendo tambien que concurrir á libertar á Tolon, sitiada por el duque de Saboya, su cooperacion en Cataluña, aunque inútil, no tuvo otro resultado que el de divertir algunas fuerzas enemigas.

Terminadas estas operaciones volvióse el de Orleans á Zaragoza, y desde este punto vino en posta á Madrid. Aposentóse en el palacio que se decia de la reina madre (por haberle vivido la madre de Carlos II), y recibiósele con el placer y con el amor que merecia por su linaje y por sus recientes hechos (30 de noviembre, 1707). Aquí tuvo la honra de ser padrino de bautismo á nombre de Luis XIV, del principe de Asturias, primogénito de nuestros reyes, que habia nacido el 25 de agosto, día de San Luis rey de Francia, y á quien por lo mismo se puso el nombre de Luis Fernando. Para que en este año todo fuese en bonanza para Felipe V, quiso Dios colmar sus deseos y los de la reina y afirmarle en el amor y cariño de los españoles, dándole sucesion varonil. Y como los enemigos habian propalado ser falso el anuncio de este feliz suceso, por lo mismo se celebró el alumbramiento y se solemnizó el bautismo con extraordinarios regocijos y con abundante distribucion de gracias y mercedes (3). Concluida

(2) San Felipe, Comentarios, A. 1707.—Belando, Hist. civil de España, part. I, c. 60.—Macanaz, Memorias, cap. 85.—El conde de Robres, Historia de las Guerras civiles, MS.

Macanaz, en el capítulo 85 de sus Memorias, pone los nombres de los aragoneses y valencianos mas notables que pelearon este año de 1707 en favor del archiduque, y sirvieron como jefes y cabos en sus ejércitos; y Feliu en el libro XXIII de sus Anales, inserta tambien varios catálogos nominales de ellos.

(3) Cuando en 29 de enero se anunció al pueblo el estado de la reina,